

el medio con más frecuencia empleado, y uno de los que desgraciadamente dan mejor resultado á los dueños de los pueblos, consiste en trocar todas las energías nacionales en furor contra el extranjero. Los pretextos son fáciles de encontrar, puesto que los intereses de los Estados permanecen diferentes y contradictorios por el hecho mismo de la separación en organismos artificiales distintos. Existen también más que pretextos, hay recuerdos de males, de matanzas, de crímenes de todas clases en las antiguas guerras; la apelación á la venganza resuena todavía, y cuando haya pasado la nueva guerra como un incendio, devorándolo todo con su terrible llama, también dejará memoria de odio y podrá servir de fermento para futuros conflictos. ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de tales derivados! A las dificultades interiores del gobierno, los poseedores del poder responden por guerras exteriores. Si esas guerras son triunfantes, los amos las aprovechan para la consolidación de su régimen: habrán envilecido á su pueblo por la locura de la vanidad que se llama gloria; habrán hecho de él un cómplice vergonzoso invitándole al robo, al pillaje, á la matanza, y la solidaridad del mal adormecerá las primeras reivindicaciones, hasta que nuevamente se llenen los vasos con el vino rojo del odio.

Pero además de la guerra, los gobernantes tienen á su disposición poderosos medios de alejar de sí todo peligro. Entre otros, la corrupción y la desmoralización por el juego, todas las formas de la depravación: las apuestas, la lotería, las carreras, la bebida, los cafés, los cafés cantantes. «¡Que canten, ya pagarán!» Los depravados y envilecidos, que á sí mismos se desprecian, no tienen ya el sentimiento de dignidad necesario que podría impulsarles á la rebeldía: con la conciencia de tener almas de lacayos, se hacen justicia aceptando la opresión. Así las guerras de la República y la explosión de los vicios y desenfreno que siguieron á los primeros años de la Revolución con su ideal de austeridad y de virtud, vinieron á propósito para preparar el régimen imperial y el ignominioso rebajamiento de los caracteres. Sin embargo, se produjo un fenómeno de balanceo que provino en gran parte de una reacción normal de la Sociedad tomada en su conjunto. Es natural que los hombres oscilen sucesivamente del uno al otro contrario, del mismo

modo que su vida alterna de la actividad al sueño y del descanso al trabajo. Además, componiéndose una nación de gran número de clases y de grupos diversos que tienen su evolución propia en la evolución general, resultan movimientos históricos de tendencias opuestas que se entrecocan y se entrecruzan describiendo las curvas más complicadas, cuya madeja apenas puede desenredar el historiador.



Cl. del Photo-Globe.

SAN PETERSBURGO — PLAZA DEL PALACIO DE INVIERNO

Ensangrentada el 9 (22, nuevo estilo) de Enero de 1905.

Y sucedió que durante las luchas intestinas de la Revolución francesa, los Vendeanos representaban ciertamente contra el gobierno central el principio del Municipio autónomo, libremente federado; mas, por una contradicción de que la falta absoluta de instrucción no les permitía darse cuenta, se hicieron detensores de la Iglesia, que aspira al imperio universal de las almas, y de la Monarquía, que en todos los Comuneros no ve más que siervos y carne para los campos de batalla. Por una extraña candidez que hace sonreír y haría llorar, los negros de Haití, luchando por su libertad contra

los plantadores blancos, se proclaman con entusiasmo las gentes del Rey; los rebeldes de las colonias españolas del Nuevo Mundo aclamaban al rey católico de España. Casi siempre, en la corriente de los siglos, los que se rebelaron contra una autoridad cualquiera lo hicieron en nombre de otra autoridad, como si el ideal no consistiera más que en el cambio de amo. Cuando los grandes movimientos de opinión y de libertad intelectual que produjeron la revolución de 1830, los que trabajaban por la emancipación de la lengua, por el libre estudio de la historia artística y literaria en todos los tiempos y todos los países, fuera de Grecia, de Roma y del «Gran Siglo», todos los que buscaban sus orígenes hasta en la Edad Media, y sus parientes aun entre los Alemanes y los Eslavos, los «románticos», en una palabra, en su mayor parte, no obstante, habían permanecido realistas y cristianos; en tanto que los reivindicadores de la libertad política se atenían siempre á las formas clásicas de la Escuela, al estilo tradicional estampillado por las Academias. Cuando Blanqui, ennegrecido por la pólvora, soltó su fusil después de las tres jornadas victoriosas de Julio, no dijo más que esta frase: «¡Hundidos los románticos!»¹. La revolución se había descompuesto en dos elementos, el de la política, que aspiraba al derrocamiento de los tronos; el de la literatura, que trabajaba por la libertad de la lengua y por la extensión de su dominio. Por ambas partes los revolucionarios eran también los reaccionarios los unos de los otros. Con justicia, de partido á partido, se reprochaban la falta de lógica, las inconsecuencias, los absurdos y las tonterías.

El historiador, que contempla el vaivén de los acontecimientos y que trata de extraer de ellos su substancia desde el punto de vista del progreso, ha de resolver el problema más difícil, el de establecer el paralelogramo de las fuerzas entre los mil impulsos en lucha que chocan por todas partes. Le es fácil equivocarse y con frecuencia se desespera, creyendo asistir á un derrumbamiento cuando hay positivos progresos, ó, por mejor decir, en la liquidación general de cuentas, abrazando las pérdidas y las ganancias, ha aumentado gradualmente el haber humano.

¹ Gustave Geoffroy, *L'Enfermé*, p. 51.

Pero ¡cuán difícil y larga parece la obra de verdadera revolución á los enamorados del Ideal! Porque si las formas exteriores, instituciones y leyes, obedecen á la presión de los cambios íntimos que se han realizado, no pueden producirlos: siempre es necesario que un nuevo impulso venga del interior. Al primer golpe de vista, parece que el voto de una Constitución, ó de leyes estableciendo



Cl. P. Sellier.

TEHERAN — SALA DEL PALACIO DE BAHARISTAN
donde se reunió el más reciente de los Parlamentos.

por fórmulas oficiales la victoria de la parte de la nación que reivindica sus derechos, asegura de una manera definitiva el progreso ya realizado; pero puede suceder que el resultado sea precisamente contrario. Esa carta, esas leyes, aceptadas por los rebeldes, confirman, es verdad, la libertad conquistada, pero también la limitan, y ahí está el peligro; porque determinan el término preciso donde han de detenerse los vencedores, y se convierte fatalmente en el punto de partida de un retroceso. La situación no es nunca absolutamente estacionaria: si el movimiento no se hace en el sentido

del progreso, se hará del lado de la opresión. La ley tiene por efecto inmediato adormecer en su momentáneo triunfo á los que la han dictado, despojar á los individuos inteligentes y activos de la energía personal que les había animado en su obra victoriosa y cederla á otros, á los legisladores de profesión, á los conservadores, es decir, á los mismos enemigos de todo cambio progresivo. Por lo demás, en el fondo, el pueblo es conservador, y el juego de las revoluciones no le agrada mucho tiempo; prefiere la evolución, porque no la sospecha y el ignorante no puede mostrarle su mal humor. Convertidos en legalitarios, los antiguos rebeldes quedan en parte satisfechos, entran en los grupos de los «amigos del orden», y la reacción readquiere el dominio, hasta que otros revolucionarios no ligados por fórmulas, ayudados por los errores ó las locuras gubernamentales, llegan á abrir otra brecha en las construcciones antiguas.

En cuanto se funda una institución, aunque sea para combatir enormes abusos, crea otros nuevos para su existencia misma: es preciso que se adapte al mal medio y que, para funcionar, funcione en modo patológico. Los creadores de la institución obedecían á un noble ideal, los empleados que nombran han de cuidar ante todo de sus emolumentos y de la duración de su empleo. Lejos de desear el éxito de la obra, acaban por no tener más vivo deseo que el de no llegar jamás al objeto final¹. No se trata de la obligación, sino de los beneficios que reporta, de los honores que confiere. Así, encárgase á una comisión de ingenieros que examine las quejas de los propietarios desposeídos por la construcción del acueducto del Avre: parece lo más sencillo estudiar primeramente esas quejas y contestarlas con toda equidad. Pues no, se comienza por emplear algunos años en rehacer una nivelación general de la comarca, ya hecha y bien hecha. Pasa el tiempo, se acumulan los gastos y las quejas se exacerban. Sucede muchas veces que los créditos votados para un trabajo son notoriamente insuficientes, y apenas sirven para el coste del andamiaje, pero los emolumentos de los ingenieros corren como si se hiciera obra útil. ¡Cuántos años necesitó la perseverante asociación del *Loire navigable* para obtener la auto-

¹ Herbert Spencer, *Introduction à la Science sociale*, cap. V, p. 87.

rización de canalizar el río á sus expensas, por medio de una obra de ladrillos poco costosa! El Estado no admitía más que trabajos que necesitaban millones y que probablemente en veinte años hubiesen estado todavía en estudio, como tantas otras obras vitales para la utilización inteligente del suelo de Francia.

La Ley se dicta por el Parlamento, que emana del Pueblo, en quien reside la Soberanía nacional. Cuanto más libre es el país, más venerado es el Cuerpo legislativo que se ha escogido, pero más necesario es el libre examen de todas las cosas referentes á la libertad. Por tanto, no hay institución más sujeta á la crítica que el parlamentarismo.

Fué un innegable instrumento de progreso para la nación que le dió origen, y se comprende la admiración de Montesquieu estudiando el funcionamiento del sistema inglés, tan sencillo y, entonces, tan lógico. Después, con la Asamblea Nacional de 1789 y la Convención, el Parlamento atravesó en Francia su período heroico é hizo buena figura en la historia de la liberación gradual del individuo. Después ha conquistado casi todos los países del mundo, incluso las repúblicas negras de Haití, Santo Domingo y Liberia; solamente Rusia (1905), Turquía, China, las colonias de explotación europea y algunos otros Estados quedan sin representación nacional. La institución se ha diversificado en los diferentes países, mostrando tal defecto más particularmente en una, mientras que tal otro sobresale en otras, pero en todas partes se revela una divergencia profunda entre la evolución del pueblo y la de sus Cámaras legislativas.

Dejando á un lado los sistemas censitarios y plurales, no considerando más que el sufragio universal honradamente aplicado, no contando el hecho de que, excepto raras excepciones, la mitad femenina de la población no está «representada», no puede admitirse que la ley votada por la mayoría de los votantes exprese la opinión de la mayoría de los electores: de hecho, lo contrario es frecuentemente la verdad. Ese vicio, puramente matemático, podría no ser atendible cuando sólo existieran dos partidos en el Estado, porque las pérdidas y las ganancias se equilibrarían en el conjunto, pero se hace tanto más grave cuanto más se acentúa la vida y se diversifi-

can las opiniones. Únicamente Suiza apela á la totalidad de los electores para la aceptación ó no aceptación final de toda ley nueva.

Excepto en casos muy excepcionales, el espectáculo que ofrecen los países cuando se hallan en período electoral no es de los que puedan regocijar al hombre de principios. Sea que el candidato violente personalmente su modestia, ó que le presente un comité, las maniobras se abren paso, las ventas y las mentiras se ponen en juego y no es el más decente de los que se proponen á los sufragios el que tiene más probabilidades de éxito. Aunque los legisladores han de resolver toda clase de problemas, locales y mundiales, financieros y educativos, técnicos y morales, el candidato no es recomendado á sus electores por ninguna capacidad especial. El elegido podrá deber su triunfo á cierta popularidad territorial, á su buen carácter, á su acundia oratoria, á su talento de organizador, pero también frecuentemente á su riqueza, á sus relaciones de familia y hasta, si es gran industrial y propietario, al terror que inspire; frecuentemente será un hombre de partido; no se le pedirá que trabaje en la obra nacional, ni que facilite las relaciones entre los hombres, sino que combata tal ó cual grupo político; en resumen, la composición de las Cámaras no recordará en nada la de la nación, le será generalmente inferior en cualidades morales: el político de carrera dominará en ellas.

Una vez nombrado, el representante se hace independiente de sus electores; deben confiar en que decida según su conciencia en las mil contingencias diarias, y si no se coloca en el mismo punto de vista que sus comitentes, no hay recurso alguno contra el voto emitido. Lejos de toda intervención durante los cuatro, siete ó nueve años de su mandato, no ignorando la impunidad concedida á actos delictuosos, el elegido se halla inmediatamente expuesto á las seducciones de toda suerte á que le someten las clases directoras; el recién venido se inicia en la tradición legislativa bajo la dirección de los veteranos del parlamentarismo, adopta el espíritu de cuerpo, es solicitado por la gran industria, por los grandes funcionarios y sobre todo por la banca cosmopolita. Aunque el Parlamento quede compuesto de una mayoría de hombres honrados, se desarrolla en él una mentalidad especial compuesta de arreglos, de compromisos,

de palinodias y de transacciones que no deben llegar á oídos del gran público, de fórmulas y regateos de pasillo que se cubren por algún brillante torneo oratorio entre tribunos experimentados. Todo carácter noble se envilece, toda convicción sincera se contamina, toda voluntad recta se tuerce.

No es extraño que tantos hombres se nieguen á alimentar con su voto un medio semejante y á cooperar á la «conquista de los poderes públicos». Los revolucionarios saben, al menos, que las formas del pasado durarán mientras los trabajadores se interesen en sostenerlas y se sirvan de ellas, aunque sea para modificarlas, y no pueden menos que deplorar la candidez de los que piensan poder «hacer la Revolución con el boletín electoral». Para conservar esta ilusión, no ha de considerarse la debilidad real de ese Parlamento supuesto soberano, es preciso cerrar los ojos ante las instituciones mucho más poderosas que se han constituido alrededor, jugando con la legislatura como el gato con el ratón.

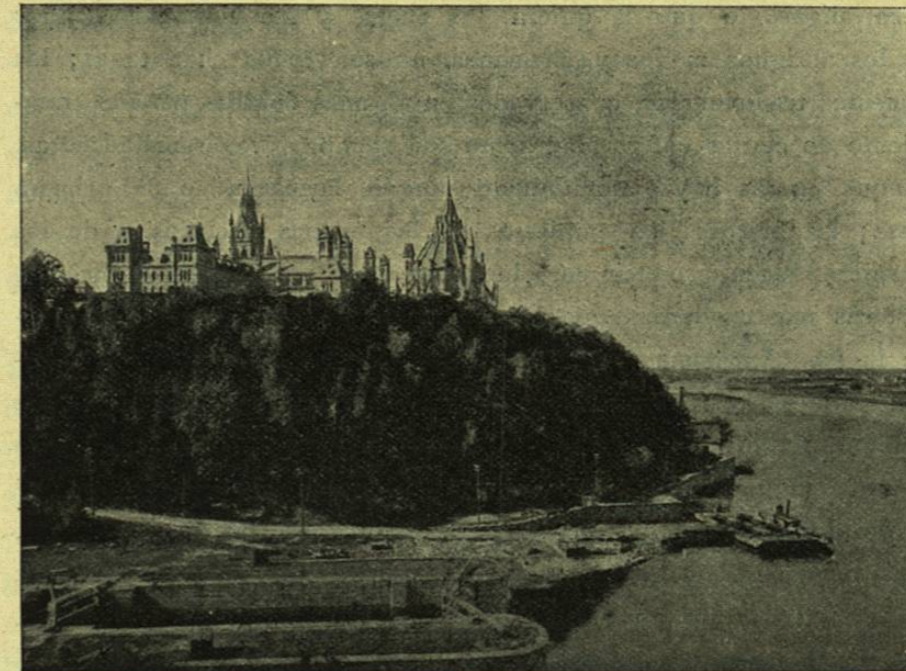
Esa complejidad del gobierno hace que toda revolución francamente política sea extremadamente difícil. Las viejas supervivencias se han acantonado y concentrado todas en otros tantos Estados secundarios, verdaderos pulpos que viven sobre el organismo del Estado general y á sus expensas: la nación se empobrece en razón de su prosperidad. Una revolución nominal no puede tener ningún efecto si no toca también á esas corporaciones unidas por una solidaridad absoluta de intereses particulares y colectivos. En cuanto una de esas profesiones es sólidamente constituida en corporación oficial y sacrosanta, su tendencia inevitable es á titularse y creerse infalible y á reservarse absolutamente las discusiones y las decisiones que han sido declaradas por el rey, la costumbre ó la ley como de su incumbencia. Así es como la Iglesia reivindicaba no solamente el monopolio de la salvación de las almas, sino también el de la ciencia: fuera de los sacerdotes ó gentes de *clergie*, es decir, de saber, nadie tenía derecho de hablar de cosas que se suponían estar más altas que su alcance intelectual; el conocimiento de la naturaleza humana permite afirmar sin temor que en muchas circunstancias los sacerdotes intentaron procesos de herejía más por celos de oficio que por un santo ardor por la fe. La misma infan-

libilidad en las otras profesiones, á través de todas las capas de la sociedad hasta las diversas corporaciones obreras, que sostenían sus privilegios de oficio con rudeza patriótica, no sólo á causa del interés comercial que tenían en quedar como únicas proveedoras de ciertos productos, sino también en virtud del orgullo que les inspiraba la posesión exclusiva de los secretos y prácticas de su industria. Sabido es que antiguamente tal forma de la pasta pertenecía al panadero y tal otra forma era propiedad del pastelero. Un grado más en esta vía, es decir, la consagración religiosa y social de esas divisiones entre las profesiones, los trabajos, los oficios, y la casta quedaría creada en Occidente como en el antiguo Egipto y en la India actual.

Y sin embargo, ese espíritu de cuerpo, que es una de las llagas de la sociedad moderna, tuvo grandeza en su período de evolución, cuando para la conquista ó la defensa de la independencia ó de la libertad, exigía el sentimiento del deber, el sacrificio, el honor colectivo. Unos hombres que se hacen hermanos quedan obligados por esa unión á no desmerecer unos de otros y ante los que han sido testigos de su pacto. El lazo que les une no debe romperse ni aun por la muerte. ¡Cuántas veces, en los combates de los tiempos primitivos, se han unido unos guerreros por medio de cadenas, para formar un solo cuerpo, individuo gigantesco, destinado á vencer ó á morir todo entero! Hasta la historia militar moderna, que, no obstante, no ha de ocuparse de hombres que luchan por una causa libremente escogida, está llena de relaciones que atestiguan la estrecha solidaridad de valor entre compañeros reunidos por la casualidad bajo una misma bandera, en un mismo cuerpo, teniendo por tradición el desprecio de la muerte. «¡Formad el cuadro!» Tal fué, bajo diversas formas, la orden del general en jefe en las luchas supremas. Una estadística, formada cuidadosamente por el ejército británico, establece que la cifra de la mortalidad de las tropas en las batallas, verdadera medida del valor frente á los cañones, aumenta con la reputación tradicional de los regimientos, formando á la cabeza de la lista los *Highlanders*.

Ese espíritu de cuerpo del soldado que se sacrifica por orgullo forma la transición natural entre el sentimiento primitivo de los

hombres libres, que se entregan por completo á una causa amada, y el espíritu de cuerpo actual de las compañías y de las administraciones de Estado, cuyos miembros están unidos para la defensa, la conservación y el aumento de sus privilegios. Júzguese por aquella que, entre todas las profesiones, comprende ciertamente en mayor proporción gran número de hombres superiores, puesto que ne-



Cl. del Photo-Globe.

OTTAWA — EL PARLAMENTO DEL DOMINION DEL CANADÁ

Al norte de la ciudad corre el río Ottawa.

cesita más profundos estudios, obliga á más atentos experimentos y cuenta más con la simpatía humana: la profesión médica. Basta leer los estatutos de las sociedades provinciales, por los cuales los «compañeros de carrera» se unen, para ver que también ellos se han dejado corromper por el espíritu de cuerpo y que la adhesión al público paciente es el menos interesante de sus cuidados. El médico, que es al mismo tiempo un amigo, un precioso consejero que sabe leer en nuestro cuerpo, y al que el afecto, la práctica sagaz de la vida permiten leer también en nuestra alma, el que trae consigo consuelo y fuerza, es el cazador de enfermos, el especulador